

PAPÁ, MAMÁ Y EL ARBOL DE LAS MANZANAS.

Hace mucho tiempo, existió en un lugar muy lejano, pero que también puede ser cerca de tu casa, un hermoso y fuerte árbol de manzanas. Un pequeño niño lo amaba mucho y todos los días jugaba alrededor de él y se divertía mucho. El niño amaba mucho al árbol y el árbol también amaba con intensidad al niño.

Pasó el tiempo y el pequeño niño creció y nunca más había vuelto a donde el manzano a jugar alrededor del enorme árbol.

Un día, el muchacho regresó al árbol y escuchó que el árbol le hablaba tristemente: “¿Vas a jugar conmigo como lo hacías?”. El muchacho le contestó: “Ya yo no soy el niño que era antes que jugaba alrededor de enormes árboles. Lo que ahora quiero son juguetes y necesito dinero para comprarlos”.

“Lo siento, dijo el árbol, pero no tengo dinero... Te sugiero que tomes todas mis manzanas y las vendas. De esta manera podrás obtener el dinero que necesitas para poder comprar tus juguetes”.

El muchacho se sintió muy feliz con el ofrecimiento del árbol, e inmediatamente tomó todas las manzanas y obtuvo el dinero para sus juguetes. El árbol volvió a ser feliz, pero el muchacho no volvió nunca más después que obtuvo el dinero, esto provocó que el árbol volviera a estar triste.

Tiempo después el muchacho regresó y el árbol volvió a sentirse muy contento. Inmediatamente le preguntó: “¿Vienes a jugar conmigo?”, a lo que el muchacho contestó con sencillez: “No, no tengo tiempo para jugar. Debo trabajar para mi familia. Necesito una casa para compartir con mi esposa e hijos. ¿Puedes ayudarme?” El árbol le contestó: “Lo siento, pero no tengo una casa, pero... tú puedes cortar todas mis ramas y construir tu propia casa”. El joven, sin perder tiempo, cortó todas las ramas y esto hizo feliz nuevamente al árbol, pero el joven, como en otras ocasiones, nunca más volvió desde esa vez y el pobre árbol volvió a estar triste y solitario.

Cierto día de un cálido verano, el muchacho, ya hombre, regresó y el árbol estaba encantado. “¿Vienes a jugar conmigo?”, le preguntó al muchacho. Este le contestó: “Estoy triste y volviéndome viejo. Quiero un bote para navegar y descansar. ¿Puedes darme uno?” El árbol, sin titubear, le contestó: “Usa mi tronco para que puedas construir uno y así puedas navegar y ser feliz”. El hombre cortó el tronco y construyó su bote. Luego se fue a navegar por un largo tiempo.

Después de muchos, muchos años, regresó y al verlo, el árbol le dijo: “Lo siento mucho, pero ya no tengo nada que darte, ni siquiera manzanas”. El hombre le replicó: “No tengo dientes para morder, ni fuerza para escalar... Por ahora ya estoy muy viejo”.

Entonces el árbol, con lágrimas en sus ojos, le dijo: “Realmente no puedo darte nada... la única cosa que me queda son mis raíces muertas”. Y el hombre contestó: “Yo no necesito mucho ahora, sólo un lugar para descansar. Estoy tan cansado después de tantos años.

“Bueno, las viejas raíces de un árbol son el mejor lugar para recostarse y descansar. Ven siéntate conmigo y descansa”.

El hombre se sentó junto al árbol y éste, feliz y contento, sonrió con lágrimas.

Esta puede ser la historia de cada uno de nosotros. Y veamos:

El árbol son nuestros padres. Cuando somos niños, os amamos y jugamos mucho con papá y mamá... Cuando crecemos, no estamos tan unidos a ellos por responsabilidades de trabajo, estudios o de la familia que formamos... generalmente regresamos a ellos cuando los necesitamos o estamos en problemas...

No importa lo que sea, y en muchas ocasiones, ni el distanciamiento, ellos siempre están allí para darnos todo lo que necesitamos y puedan, y hacernos felices. En ocasiones es muy grande el sacrificio que tienen que realizar para satisfacernos.

Tú puedes pensar que el muchacho fue cruel con el árbol, pero es así como muchos hijos tratan a menudo a sus padres...

Valoremos a nuestros padres cuando los tengamos a nuestro lado y si ya no están, que la llama de su amor viva por siempre en nuestros corazones y su recuerdo nos dé fuerza cuando estemos cansados...

Colaboración de
Emilia Nahas Canavati
México